

la cultura que necesitamos, pues de la tierra nótrense los instintos, la fantasía, el afán creador y los quemantes desvelos de la libertad. Es por ella, además, cómo las intuiciones más íntimas fecundan la verdadera medida humana y la articulan en lo básico del carácter racial y la personalidad.

Contemplando en su conjunto, «Las mil y una noches argentinas» de una gozosa modalidad a la narrativa argentina. Por ello ese libro constituye desde ahora una preciada expresión del relato vernáculo, teniendo además el valor singular, en la substantividad de su unidad artística, de proyectarse en el futuro como registro y hallazgo de viejas fórmulas folklóricas y valores étnicos y psicológicos en trance de desaparición.

Este caudal señero tiene hoy más que nunca actuación y contenido en la literatura nacional. Quien como Draghi Lucero ha sabido percatarse y advertirlo a tiempo, merece el apoyo y el aplauso sin reservas del público y la crítica.— RICARDO TUDELA.



<https://doi.org/10.29393/At189-14FTML10014>

FRANKREICHS TOTENTANZ UM DIE «MENSCHENRECHTE» por Friedrich Hasselbacher. Primera edición, 240 págs.—Edit. Paul Hochmuth, Berlin 1940.

El autor es muy conocido en la literatura nazi de la actual Alemania. Friedrich Hasselbacher es un especialista, él se designa investigador histórico-científico de publicaciones sensacionalistas—que no es lo mismo que sensacional—sobre temas antimasónicos y antisemitas. Tal especialización le ha procurado una cierta notoriedad en la literatura que pudiéramos considerar como semioficial del Tercer Reich y suponemos que el presente libro, tras la derrota francesa, alcanzará gran difusión dentro y fuera de Alemania. El fuera se refiere especialmente a los núcleos alemanes en el extranjero, entre los que cuentan principalmente los existentes en determinados países

de América. En tal aspecto, las páginas de dicha obra, plena de datos, indicaciones, cifras y aun mapas, coadyuvará eficazmente a la propaganda alemana. El libro acaba de llegar a Chile y merece en todo caso algunas observaciones y comentarios.

El título, lo más literal y literariamente traducido, quiere decir: «Danza macabra de Francia en torno a los Derechos del Hombre». Motivo principal del texto es que, la República francesa ha protegido o cubierto a los no franceses, la Francia de los no franceses. Bonito y aun sugestivo título para una concepción nacionalista.

El libro se divide en cuatro partes de un desigual valor. La primera se dedica a exponer brevemente la evolución histórica de Francia y en el capítulo final de dicha parte se trata de poner de manifiesto lo que, según el autor, es una de las más grandes mentiras históricas: la de seguridad de la Francia y la amenaza constante contra la misma. Durante años y años, añade, se ha hablado constantemente en Francia de su seguridad, sin nombrar con frecuencia en qué consistía ésta y quién podría ser el agresor futuro que la amenazaba. Esta indeterminación sostenida invariablemente por los gobiernos y regímenes, mantuvo el correspondiente estado de incertidumbre y así, durante largos períodos, la política francesa giró en lo externo, en torno a frases como ésta: política de seguridad, garantías, amenaza, etc. Y lo curioso es, según Hasselbacher, que tal política se inicia tras un período de cerca de siete siglos de invariabilidad de fronteras entre Alemania y Francia y cuando la primera comienza a descomponerse (1550), es decir, que a medida que Francia era más fuerte, clamaba más y más por su seguridad. ¿Es esto cierto? Lo es, desde luego, el arranque histórico de tal política debida al afán de dominación de una dinastía francesa, pero no puede decirse que dicha política fuera equivocada y preveyera justamente mucho de lo que después iba a suceder. Por otra parte, es tendencia fisiopsicológica el de querer

resguardarse, defenderse a medida que se es más fuerte o se posee más. Estas observaciones son las que ha descuidado Hasselbacher en su afán de querer mostrarnos como injustificada una política de seguridad. En lo que sí tiene razón, es en afirmar la inutilidad final de la misma, pero esta inutilidad es debida a muchos más factores que los que supone la citada política en sí misma considerada.

La parte segunda, con la que guarda estrecha conexión la tercera, es a modo de una especie de introducción de esta última. Se titulan respectivamente: La enfermedad inglesa y la danza macabra de los Derechos del Hombre de la Gran Nación. La enfermedad inglesa, que se transforma más tarde en la danza de la muerte, es la masonería y contra ésta el humanismo, la enciclopedia, etc., dirige el autor una serie de ataques.

Según él, del poder masónico salen, en 1789, los principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad, alrededor de los cuales comienza ya la danza macabra. Sin negar el gran influjo que los masones tuvieron en la Revolución Francesa, es desde luego exagerado el poder y sobre todo las consecuencias que el autor en su pasión racista, asigna a la masonería. Identificar la República francesa con el judaísmo y la masonería es ir demasiado lejos. La masonería en Inglaterra y Francia ha tenido siempre influencia, pero la descomposición francesa es hija de factores múltiples, y muchos de ellos bastante más hondos que lo que puede corresponder a una masonería, en ciertos aspectos platónica. El autor pudo preguntarse si el hecho de figurar en una logia como masón implica necesariamente en todos los afiliados una conducta o actividad masónica. Evidentemente no, de la misma manera que todos los inscriptos en una sociedad deportiva no son forzosamente deportistas. En todo caso, la resistencia inglesa demuestra que, pese a su masonería, sabe luchar y aguantar, y esa misma resistencia y aun mayor, si se tiene en cuenta la desigualdad de medios, demostró la República española, tildada por bastantes mentecatos de República masónica.

Desde luego, Francia e Inglaterra masónicas a ultranza, según Hasselbacher, no se molestaron en lo más mínimo en ayudarla sino más bien hicieron lo posible por ahogarla, y ello pese a que los tres países estaban dirigidos y mediatizados por la masonería universal si hemos de creer a los turiferarios del nacionalismo.

El que un movimiento histórico de la envergadura de la Revolución Francesa figuren un buen número de masones, incluso si se quiere, en cuantía desproporcionada no significa *causación* de dicha revolución sino *coincidencia* y por lo tanto, no es admisible la atrevida conclusión que el autor hace. Si éste, en vez de escarbar con la furia y enojo que es visible en sus frases y dichos, en asociaciones, grupos, apellidos e instituciones francesas hubiera escarbado, a fuer de investigador histórico-científico, en los cuadernos o pliegos de peticiones y súplicas que las parroquias, municipios y ciudades francesas presentaban al rey hubiera podido percibir e incluir en su libro algo que ignora o parece ignorar, ya que nada dice sobre ello. Este algo era la terrible miseria y desorganización administrativa del reino francés. La lectura simple, por no citar más que algunos, pero sí quizá los más característicos, de los cuadernos de peticiones de Valleraugue, Aiguesvives, Beaucaire, Nimes, etc., le hubiera evidenciado lo que mucho más que la masonería y el judaísmo condujo al pueblo francés a la revolución. Algo análogo, aunque muy diferentes en otros aspectos, es lo que llevó al pueblo español a liquidar, el 14 de abril de 1931, a una dinastía incapaz.

Es ingenuo, pues, y ello pese a las innumerables listas de asociaciones e individuos que como masones el autor presenta, pretender que judíos y masones, a veces todos unos, son los actores de la danza macabra francesa.

En Francia había muchos judíos y muchos extranjeros no judíos. ¿Era esto culpa de unos y otros? Evidentemente no, sino de Francia que no se bastaba a sí misma. En realidad Fran-

cia, salvando una serie de diferencias históricas, le acontecía lo que a muchos países de América acontece, y es que empezaba a tener más territorio que población. Francia, el país más xenóforo de Europa, ha necesitado siempre, pero mucho más últimamente, del extranjero. Catalogar a éstos como no franceses es jugar con una frase de bonito efecto apoyándose en un nacionalismo primario. Dicha frase quizá pueda ser válida para países superpoblados o debidamente poblados, pero para aquéllos que no reúnen una u otra condición, no cabe más que una actitud inteligente, la de aceptar al extranjero que quiera honradamente trabajar, concediéndole una igualdad jurídica. Justamente en Francia, el campo en su mayor parte estaba trabajado por extranjeros: españoles, italianos, polacos, etc., y lo mismo acontecía en buena parte de talleres y fábricas. El francés, señorilmente, se había reservado la Administración en su más amplio y fructífero sentido, con la consiguiente sensación de sentirse servido por los demás habitantes de Francia, sin que por esto concediera a los «servidores» la consideración jurídica correspondiente. El resultado: la corrupción y desvalorización del pueblo francés que, pese a todas sus buenas cualidades, no ha sabido resistir la prueba. Este error de adjudicarse los nacionales sólo como campo de sus actividades la Administración dejando al extranjero todo lo demás, es típico también en algunas repúblicas hispanoamericanas.

Francia, pues, era indebidamente una *no* Francia para los *no* franceses que trabajaban en ella. Este es otro de los errores que comete el autor, al emplear demasiado ampliamente el término *no-franceses* y al permitir sobreentender con ello: primero, que todo extranjero es un elemento perjudicial (tesis bio-nacista); segundo que la mayor parte de ellos eran judíos. Ambas afirmaciones son, evidentemente, si no falsas, sí al menos, muy exageradas. La tragedia francesa se debe a causas más hondas, como ya hemos dicho, que todo esto si bien no hemos de negar que la separación social y jurídica que el francés hacía

entré él y el extranjero que trabajaba para él, no sólo era injusta sino además perjudicial, pues Francia no ha sabido asimilarse a los elementos ajenos a ella en los últimos años.

El libro contiene, naturalmente, ciertas verdades dignas de tenerse en cuenta, pero las mismas no resultan fáciles de percibir dado el apasionamiento con que está escrito. Más que el libro de un auténtico investigador, al que la objetividad debe serle requerida, es el libro de un militante nazi que queriendo hacer una propaganda y deseando hacer crecer algo consigue, en casi su totalidad no ser creído. Históricamente, el libro carece de la debida documentación y políticamente trata de ser una autojustificación del antisemitismo y de la lucha contra la masonería. Esta, en América, no creemos que tenga una gran influencia. Nos parece que tal entidad es más de índole platónica y aun espectacular, al menos en la América Latina. Recordamos haber visto con frecuencia y en más de una república, enseñas y letreros en balcones y portales anunciando las logias y las horas de reunión de las mismas. Daba esto la sensación de ser unos modestos clubes que recurrían, como tantos otros, a la publicidad. No había en ellas, en todo caso, nada de obscuro, tenebroso ni antihumano, como pretende Hasselbacher.

Mucho más digna de consideración es la cuestión judía, la cual va planteándose ya en ciertos países americanos. En este aspecto el libro tiene un cierto valor y merece ser meditado más que por lo que dice en sí mismo, por lo que permite deducir.

¿El judío, es un elemento negativo, perjudicial? La cuestión no puede resolverse en bloque. Personalmente, aisladamente considerado, el judío suele ser como otro cualquiera, pero como comunidad organizada es tan cerrado y racista como el propio ario. Como éste, considera como renegado, como traidor al judío que habiendo adoptado las costumbres del país deja de pertenecer a la comunidad, a la sinagoga, lo cual no impide que le siga considerando como judío. Exactamente como

el nazismo. Una comunidad así concebida es algo extraño que vive sobre el país y no para el país. Pero es preciso hacer aún una nueva distinción, pues pese a esta manera de actuar, dicha comunidad puede ser soportada. No se trata de que toda comunidad judía sea peligrosa, sino sólo aquella que por su cuantía o actividades resulte notoriamente desproporcionada con la capacidad industrial, mercantil y económica de las repúblicas sudamericanas habida cuenta de que el judío se dedica casi exclusivamente a dichas actividades y del poder o capacidad industrial, etc. de las referidas repúblicas. Unas probablemente podrán sobrellevar tal comunidad, otras no y se desequilibrarán fatalmente. Esta es, a nuestro modo, la forma cómo debe mirarse el problema judío americano que se está ya más que iniciando. Esta forma no violenta de solución es la que permite deducir el libro de Hasselbacher, representante de una tesis agresiva que por otra parte no ha conseguido, aún en Alemania misma, resolver la cuestión judía. Respecto a ésta, cabe sólo una actitud reflexiva.

Digamos para terminar, que el libro es en ciertos aspectos sugestivo y en otros hace sonreír un poco, tal es la ingenuidad que él mismo contiene al examinar ciertos problemas y sobre todo determinadas estadísticas. Su difusión en América será grande, al menos en los grupos alemanes y dentro de las posibilidades de envío que permiten las actuales circunstancias, y no nos extrañaría nada verle prontamente traducido al español.
—MANUEL LÓPEZ-REY.



HUELLAS DE UN HOMBRE QUE PASA, por *Carlos Acuña* y *Crítica nacional*

Para mis «Estudios bibliográficos» reúno desde hace muchos años el material que se refiere a la crítica y biografía de